

El surrealismo en España: espejismos y escamoteo

«Como uno de esos países, imaginados por mentes ociosas y por autores de historias de aventura, donde las brújulas pierden su precisión y donde todo puede convertirse en cosa distinta de lo que parece, ocurre a veces que España y su cultura producen espejismos y sospechas...»

Alberto Adell¹

Hablar de surrealismo en España durante los años que precedieron a la guerra civil y toda la era franquista es, aun en nuestros días, empresa muy atrevida. La cuestión de la existencia de un surrealismo en España provoca siempre sospechas y reacciones apasionadas.

Las incertidumbres y las vacilaciones se encuentran como en eco en las palabras varias que pretenden traducir la palabra francesa *surréalisme*: unos utilizaron *sobrerrealismo* o *suprarrealismo*, otros *superrealismo*, pero casi todos rechazaron con vigor el galicismo *surrealismo*. El problema, para los españoles, era tratar de borrar el prefijo considerado como demasiado francés. Sin embargo, el reprobado *surrealismo*, a pesar de sus resonancias galas, tiende, en nuestros días, a suplantar todos los demás.

Estas vacilaciones en el empleo del significante se hallan también al nivel del significado. Ya no se sabe muy bien lo que pudo ser el surrealismo en España al leer las aserciones más dudosas y más contradictorias.

El problema es complejo y sólo puede comprenderse con el estudio de las modalidades de recepción del surrealismo en España. El itinerario seguido por los críticos sobre la cuestión es insólito, pero es el reflejo de esta percepción muy impresionista del fenómeno.

En este itinerario se dibuja, primero, el tiempo de la indiferencia y del desprecio, el tiempo de los «¿¿¿Surrealismo??? ¿Qué es esto?», un largo período que se extiende hasta los años 1968-1969, durante el cual la cues-

¹ ALBERTO ADELL, «Inquisición del surrealismo español», *Insula*, n.º 284-285, Madrid, julio-agosto, 1970, p. 20.

tión del surrealismo era inconveniente e incongruente. Nadie parecía interesarse por ella. Es la época de los «pionniers», de los investigadores-exploradores a los que debemos saludar.

A esta época de la indiferencia y del silencio sucedió el tiempo de un nuevo planteamiento de la cuestión, el tiempo de las preguntas a las que aún no se atreve uno a contestar.

Sutil y contenido en sus principios, el movimiento crece luego hasta que estalle la capa de silencio: las polémicas empiezan en 1974, cincuentenario del Manifiesto Surrealista francés. Este año señala el principio de un nuevo período, caracterizado por la agresividad de las controversias y de los debates. La pasión se manifiesta entonces con la misma fuerza que tuvo el silencio de antaño.

Más allá de estas sombras y de estos espejismos, ¿es posible, pues, columbrar la realidad? ¿Saber exactamente si el surrealismo arraigó en España? Y si no se contentó con pasar como brisa europea y malsana ¿por qué no reconocerlo? ¿Por qué escamotearlo?

* * *

Durante el período de la indiferencia, es poco hablar de desinterés, o de indiferencia; asistimos a un verdadero rechazo de la cuestión. Es la impresión que uno saca de un estudio de los textos críticos de la época. Muy pocos son los que se atreven a enfrentarse contra esta corriente general de rechazo. Y tenemos que saludar particularmente a José Albi y Joan Fuster que en el número 23-25 de la revista alicantina *Verbo* publican en 1952 su «Antología del surrealismo español». Podía parecer muy insolente para la época atreverse a publicar una antología del surrealismo en un país en que se iba repitiendo que no existía el surrealismo. La insolencia podía venir a ser intolerable cuando se notaba el empleo del galicismo *surrealismo*. Pero tenemos que confesar que la audacia de los redactores de la revista alicantina no encuentra eco. Alicante dista mucho de Madrid y lo que viene de la provincia es objeto de desprecio tanto en Madrid como en París. La antología está ahogada y anegada en la indiferencia general. Podemos añadir que las dos famosas antologías de Gerardo Diego que se publicaron en 1932 y 1934, época de la plenitud del surrealismo español, no hablan de surrealismo.

Hay escasos artículos sobre la cuestión y quedan muy marginados; la revista *Europe*, que publica en 1968 un número dedicado al surrealismo en el mundo, sólo encuentra para ilustrar este movimiento en España a...
Quedado.

Para ciertos críticos de la época la palabra *surrealismo* es tabú, signifi-
ficante y significado. En otros críticos, sentimos cierto malestar o desa-

grado cuando tienen que emplearla. Y puede ser interesante recordar que muchos de estos críticos son poetas. Porque el rechazo del fenómeno surrealista no es únicamente propio de los críticos; los mismos poetas, con pocas excepciones, negaron con energía toda pertenencia a esta corriente. Vicente Aleixandre escribía, por ejemplo, en 1956 a propósito de *Pasión de la tierra*: «Es el libro mío más próximo al suprarrealismo, aunque quien lo escribiera no se haya sentido nunca poeta suprarrealista...»².

Cuando acepta un autor el calificativo de surrealista se expone a verse marginado (es el caso de Luis Cernuda) y a atraerse sólidas enemistades entre sus contemporáneos (es el caso de José María Hinojosa).

* * *

La revisión del concepto de surrealismo en España empieza a imponerse en 1970. Los estudios de un italiano, Vittorio Bodini, de un norteamericano, Paul Ilie, y de un inglés, C. B. Morris, hacen que estalle la polémica³. El inmenso interés provocado por el problema se traduce por numerosos artículos en las revistas.

En 1970, Alberto Adell publica en *Insula* un artículo titulado «Inquisición del surrealismo español»⁴. Sigue afirmando lo que se ha dicho hasta entonces, es decir, que no hubo surrealismo estricto en España. Pero añade que «surgen las dudas» «como los racimos de hormigas en los desérticos paisajes», de ciertos cuadros de Dalí. Dudas cuyas eflorescencias se deben (el hecho se nota claramente en el artículo) al trabajo emprendido por el profesor Paul Ilie. El artículo, desde luego, estriba en gran parte sobre una crítica de esta obra importante.

En 1971, C. B. Morris escribe en *Insula* del mes de octubre (n.º 299) un artículo titulado «Un poema de Luis Cernuda y la literatura surrealista». El artículo empieza con estas palabras: «Todavía no han recibido la atención que exige una justicia literaria las huellas que el surrealismo dejó en la literatura española durante sus años de mayor vigencia innovadora: es decir en España más o menos entre 1922 y 1935».

² VICENTE ALEIXANDRE, *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Modernos (Madrid, Aguilar, 1968). Prólogo a *Mis poemas mejores*, 1956, p. 1461.

³ El libro de Vittorio Bodini, *I poeti surrealisti spagnoli*, que publican en 1963 las ediciones Einaudi en Turín, se traduce en 1971; Vittorio Bodini, *Los poetas surrealistas españoles* (Barcelona, Tusquets, 1971), versión de Carlos Manzano. En 1972, se traduce en Madrid el libro de Paul Ilie *The Surrealist Mode in Spanish Literature* de 1968: Paul Ilie, *Los surrealistas españoles* (Madrid, Taurus, 1972), versión de Juan Carlos Curutchet. En 1972, la obra de C. B. Morris, *Surrealism and Spain* (1920-1931) se comenta en Madrid (Cambridge, University Press, 1972).

⁴ Cf. nota 1.

En 1972, Carlos Edmundo de Ory escribe en Madrid un artículo titulado «¿Surrealismo en España?» en el número 261 del mes de marzo de *Cuadernos Hispanoamericanos* y el mismo mes, Jenaro Talens habla en *Insula* (n.º 304) de «Vicente Aleixandre y el surrealismo».

En 1973, Joaquín Marco escribe un artículo muy largo en dos números sucesivos de *Insula* en marzo y abril, donde trata de «Muerte o resurrección del surrealismo español». En este artículo doble, el autor trata de contestar a la cuestión ¿qué fue el surrealismo en España? y comenta los libros de Bodini y Paul Ilie. Es un estudio muy completo de lo que fue el surrealismo en España. Y el autor prosiguió su análisis más allá de la fecha que señala en general el decaimiento de este movimiento.

En 1974, por fin, año del cincuentenario del Manifiesto, varias revistas dedican un número completo al surrealismo. Así, *El Urogallo* en septiembre-diciembre⁵: lo interesante de este número es la encuesta realizada por los redactores entre una veintena de escritores españoles. El silencio de algunos a las preguntas hechas es tan revelador como las nueve contestaciones recibidas, positivas o negativas, contradictorias muy a menudo. Las preguntas eran:

1. ¿Qué es para usted el surrealismo en la literatura y el arte?
2. ¿Hay en su obra alguna influencia o carácter que se pudiera llamar surrealista?
3. ¿Considera usted que el surrealismo fue un movimiento estético transitorio y ya completamente olvidado, o que asistimos hoy a su renacimiento entre las últimas producciones de escritores, pintores, cineastas, etcétera?
4. ¿Puede mentar autores y obras representativas de este supuesto «neosurrealismo»?

Mentemos igualmente el número 337 (diciembre) de *Insula* «número conmemorativo del cincuentenario del surrealismo». En este número, la redacción, en un encuadrado titulado «El surrealismo no ha muerto» afirma: «Si hablamos hoy del surrealismo es porque el surrealismo no ha muerto, porque su legado espiritual y artístico aún está vivo en muchas manifestaciones del arte y de la poesía de nuestros días». Este número no quiere ser de ningún modo «una evocación erudita de un movimiento o escuela literaria fallecida». Uno de los artículos es todavía la famosa cuestión: «¿Surrealismo en España?». Otro, homenaje a los extranjeros cuyas obras permitieron el surgimiento de la polémica. La nota original de este número es aún la publicación de una encuesta, serie de preguntas, presen-

⁵ *El Urogallo* n.º 29-30, Madrid, septiembre-diciembre 1974, p. 181.

tada a unos poetas y críticos. Tienen que contestar a las preguntas siguientes:

1. ¿Cuál fue su primer encuentro con el surrealismo, y qué consecuencias tuvo para su evolución espiritual y para su obra de poeta?
2. ¿Cómo juzga hoy el movimiento surrealista y su influencia en la poesía española? ¿Estima que ha existido un surrealismo español con personalidad independiente del francés?

Nueve poetas y críticos respondieron a esta encuesta. Sus contestaciones son siempre tan contradictorias como antes. Pero lo que nos parece importante es que el problema se plantee de modo tan claro y directo, y ya no como sencillo comentario de los libros de Bodini, de Ilie o de Morris.

El inmenso interés provocado por el problema se traduce aún con versiones de las obras fundamentales de los surrealistas franceses, de las obras técnicas sobre el surrealismo y de obras de autores reivindicados como antepasados o modelos por los surrealistas.

El interés que se manifiesta por el surrealismo francés aparece aún en unos estudios hechos por españoles y que sorprenden por el tono nuevo empleado. Sentimos en ellos un deseo de aniquilar todos los prejuicios que llenan en general todos los estudios españoles. Pensamos en particular en el libro de Pablo Corbalán, *Poesía surrealista en España* de 1974⁶, que habla del itinerario del surrealismo en España, reúne una buena antología poética sin olvidar a los catalanes y los poetas de las Canarias, unos poemas de los pintores Picasso y Dalí y que termina por un conjunto de documentos interesantes en una reunión algo confusa, pero que expresa la variedad de las manifestaciones surrealistas en España. Así es como unos manifiestos de poetas españoles como el del *postismo* de Carlos Edmundo de Ory lindan con textos de Bretón, Artaud o Eluard.

En la abundancia de manifestaciones de esta polémica, hay que poner de relieve y dar un enfoque muy particular a la obra de uno de los poetas españoles más interesantes, Vicente Aleixandre. Cuando este poeta había rechazado con vigor la etiqueta surrealista hasta entonces, publica ya en 1971, y es el acontecimiento del año, una antología a la que da con algún desafío el título de *Poesía superrealista*, libro que reúne poemas de todas sus épocas.

A pesar de la abundancia de los artículos y de las discusiones apasionadas del año del cincuentenario, la polémica no se sosiega. Lo que es im-

⁶ PABLO CORBALÁN, *Poesía surrealista en España* (Madrid, Ediciones del Centro, 1974).

portante, sin embargo, es que, durante este año, el surrealismo cobra sitio en España entre todos los demás movimientos literarios.

* * *

Ya no es posible, hoy día, después de los trabajos dedicados a la cuestión desde 1970, dudar aún acerca de la existencia del surrealismo en España. Hay que acabar con estos espejismos. El escamoteo de la realidad se ha hecho demasiado largo.

Se han estudiado los períodos, los lugares en que se manifestó el surrealismo español, los contactos que tuvo con el surrealismo francés: ahora hay que contestar a la pregunta siguiente: ¿Por qué escamotearlo tan largo tiempo? El surrealismo no fue en España un espejeo superficial. Pero entonces ¿cómo explicar la actitud de estos poetas surrealistas que no querían serlo, de estos críticos que escamoteaban las preguntas?

Un estudio atento nos lleva a constatar que el surrealismo se escamotea por cuatro razones esenciales.

Primero, ser surrealista, es ser de izquierda; «confesarse surrealista podía ser peligroso y dar lugar a ser acusado de comunista o al menos de poco entusiasta de los ideales nacionales e imperiales del momento», dice José Luis Cano⁷; y Ramón Buckley escribe: «Nadie quería ser 'tachado' de surrealista en aquellos años»⁸. Aunque matizada de humor, la frase de Rafael Alberti es, también, elocuente: «Los poetas acusados del delito de surrealismo...»⁹.

Ser surrealista, también, es no tener seriedad. Las actividades algo extrañas que caracterizan las reuniones de los surrealistas franceses chocan profundamente a muchos españoles que van hasta emplear el adjetivo «patológico» respecto a ellos¹⁰. La personalidad de Salvador Dalí no es extranjera a este sentimiento de los españoles que sólo ven en el surrealismo francés una vasta mistificación, «una avalancha de poesía mistificatoria»¹¹, y que no sospechan el carácter positivo que podían tener las actividades lúdicas o científicas de los surrealistas.

Ser surrealista, aún, es ser anticlerical, lo que no está muy aconsejado en la España oficialmente muy católica. Así es como reciben los surrea-

⁷ JOSÉ LUIS CANO, «Una antología del surrealismo español», *Insula*, n.º 337, Madrid, diciembre 1974, p. 10.

⁸ RAMÓN BUCKLEY, «¿Surrealismo en España?» *Insula*, n.º 337, diciembre 1974, p. 3.

⁹ En Capote Benot, *El surrealismo en la poesía de Luis Cernuda*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, n.º 35, (Sevilla, 1976), p. 47.

¹⁰ JOAQUÍN MARCO, «Muerte o resurrección del surrealismo español», *Insula*, n.º 316, marzo 1973, p. 10.

¹¹ GUILLERMO CARNERO, «Encuesta surrealismo», *Insula*, n.º 337, diciembre 1974, p. 9: «... una avalancha de poesía mistificatoria, como lo fue la inmensa mayoría de lo que escribieron los superrealistas franceses.»

listas los calificativos que se atribuirán más tarde a sus descendientes postistas: «revolucionarios, rojos, inmorales, masones, corruptores de la juventud»¹².

Ser poeta surrealista, por fin, es renunciar a su dignidad de poeta. En efecto, casi todos los críticos y poetas españoles asimilan en esta época, el movimiento surrealista al dictado automático. Y son muchos los que se fundan en la definición dada por André Bretón en su primer manifiesto: «Automatisme psychique pur, par lequel on se propose d'exprimer, soit verbalement, soit par écrit, soit de toute autre manière, le fonctionnement réel de la pensée. Dictée de la pensée en l'absence de tout contrôle exercé par la raison, en dehors de toute préoccupation esthétique ou morale». ¿Qué mérito puede tener un poeta si toda conciencia crítica o artística está ausente? Ello nos explica la reserva de muchos poetas; Federico García Lorca, por ejemplo, que, hablando de su nueva poesía de *Poeta en Nueva York*, escribe: «Emoción pura, desencarnada, destacada del control de la razón, pero, ojo, ojo, con muy grande lógica poética»¹³. En cuanto a Vicente Aleixandre, después de haber hablado en 1944 de «la fuerza elemental, primaria y urgente» que brota en *Pasión de la tierra*, añade con prudencia: «(bajo el ojo vigilante de la conciencia artística, claro es)»¹⁴. En 1956, escribe aún: «No [he] creído en lo estrictamente onírico, la escritura 'automática', ni en la consiguiente abolición de la conciencia artística»¹⁵. Comprendemos con estas frases la razón fundamental del rechazo del surrealismo en España. Y podemos decir que la polémica actual se apaciguaría pronto si todos quisiesen ponerse de acuerdo sobre lo que fue y sigue siendo el surrealismo.

* * *

El itinerario de la recepción del surrealismo en España, a pesar de sus etapas diferentes —rechazo despreciativo, nueva puesta en cuestión, polémica y acepto irreversible— muestra sin embargo una constante: la pasión que se desprende de todas las épocas; este movimiento, fatalmente, no podía dejar indiferentes a poetas y creadores de un país en que la tradición de irracionalismo siempre fue muy fuerte; para convencerse sólo basta leer las obras de Góngora o de Quevedo o considerar los cuadros de Goya.

¹² RAFAEL DE COZAR, «Carlos Edmundo de Ory: puente entre la vanguardia y el experimentalismo», *Operador*, n.º 1, Sevilla, abril de 1978, p. 102.

¹³ FEDERICO GARCÍA LORCA, *Obras Completas* Madrid, Aguilar, 1962). Carta a Sebastián Gasch (1928), p. 1620.

¹⁴ VICENTE ALEIXANDRE, *Obras Completas*, p. 1443.

¹⁵ ALEIXANDRE, p. 1461.

Esta pasión, esta violencia en el rechazo o la polémica nos informa esencialmente sobre el impacto del surrealismo en España. Y la voluntad de escamoteo de un trozo entero de la historia literaria de España no es un hecho aislado. En la España de la era franquista había que negar o borrar en cuanto fuera posible todo lo que podía turbar el orden nuevo y las conciencias.

Porque el surrealismo es un fermento «revolucionario», con su principio de puesta en cuestión continua, de duda incesante, la plaza preponderante dada al amor y al erotismo, esta ametralladora introducida «en el corazón del mundo burgués de los años veinte» y constantemente apuntada sobre él¹⁶.

El surrealismo ha tenido profunda huella en España. Gracias a él y por él, numerosos poetas han descubierto su verdadera naturaleza y han podido soltar una poesía en libertad que no sería lo que es, sin el arranque del surrealismo.

España, país del espejismo surrealista, es, sin embargo, el país que proporciona al surrealismo Vicente Aleixandre, uno de sus mejores poetas¹⁷, cuyo Premio Nobel de Literatura (1977) da sus ejecutorias al surrealismo. Más allá de todas las indiferencias, del desprecio y de las polémicas provocadas por la cuestión, podemos decir que también la historia y el itinerario del surrealismo en este país se inscriben en una atmósfera llena de paradojas, de escamoteos, de sublevación, de maravilla y de humor, que bien tiene los caracteres de la «cosa» surrealista.

LUCIE PERSONNEAUX CONESA

Université Paul Valéry, Montpellier

¹⁶ XAVIERE GAUTHIER, *Surréalisme et sexualité*, Idées, N. R. F. (París, Gallimard, 1971), p. 23.

¹⁷ LUCIE PERSONNEAUX CONESA, *Vicente Aleixandre ou une poésie du suspens*, 2.^a parte: «La poésie surréaliste» de Vicente Aleixandre (Montpellier, Université Paul Valery, 1980).